

Comentario al evangelio del domingo, 13 de octubre de 2013

El poder de la desgracia y el poder de Dios



La lepra tiene hoy un protagonismo central en la Palabra de Dios. La lepra era considerada en la antigüedad no sólo la enfermedad terrible que realmente era por los estragos que producía en el cuerpo del enfermo, sino también una maldición de Dios y causa de exclusión de la comunidad humana y, en el caso de Israel, de la comunidad de la salvación. Muy posiblemente el origen de esta exclusión estaba en el muy humano temor al contagio, que luego se revestía de motivos religiosos y teológicos. Pero el eje de la lepra se cruza hoy con otro no menos importante: la calidad de extranjeros de los dos protagonistas: Naamán, el sirio, y el samaritano curado por Jesús. Los sirios eran y, por desgracia, continúan siendo hoy enemigos tradicionales de Israel; los samaritanos, a causa de su origen (colonos que ocuparon las tierras de los judíos en la época del exilio), eran a los ojos de los israelitas usurpadores, que además habían pervertido la pureza de la fe mosaica. Si los leprosos eran excluidos por causa de la enfermedad, el sirio y el samaritano lo eran además por razón de su identidad nacional y religiosa.

Pero, he aquí que la lepra opera una paradójica metamorfosis. En el caso de los diez leprosos, la enfermedad une e iguala a judíos y samaritanos, enemigos irreconciliables en circunstancias normales. La desgracia difumina las fronteras nacionales y religiosas, porque nos despoja de identidades externas y seguridades artificiales, y deja al descubierto nuestra común condición humana. De hecho, en el caso de los diez leprosos, nos enteramos del origen samaritano de uno de ellos sólo después de la curación. Sólo en condiciones normales reemergen las diferencias “normales”, que la enfermedad había borrado. Algo parecido sucede con Naamán, hombre rico y poderoso, acostumbrado a mandar y no a pedir. La desgracia de la lepra le despoja de sus títulos y le lleva a inclinarse, suplicar y obedecer al profeta de un pueblo que él consideraba inferior.

La desgracia es poderosa, nos despoja, amenaza con destruirnos y, en esa misma medida, nos retrata, nos ayuda a comprender quiénes somos realmente: en la necesidad descubrimos mejor la desnuda humanidad que nos hermana. Ante el sufrimiento humano en cualquiera de sus versiones caen las caretas, las falsas identidades y los prejuicios, y queda al descubierto sólo el rostro sufriente del hombre. La única respuesta humana ante la realidad del sufrimiento ajeno es la compasión, la capacidad de padecer-con y tender la mano a aquel con el que, en otras circunstancias, estaría enfrentado por mil variados motivos (ideológicos, nacionales, raciales o religiosos), pero que en la situación actual se me revela como “propio”, miembro de la común humanidad.

Dios se ha acercado a nosotros compartiendo nuestra condición *humana*. Que la presencia del Verbo de Dios en nuestro mundo es una verdadera encarnación y no, una mera apariencia (como han afirmado todas las formas de gnosticismo antiguo y moderno como la *New Age*) se descubre precisamente en su capacidad de compadecer. Dios no nos salva de nuestras desgracias “desde arriba”, sino en Jesucristo, esto es desde nosotros mismos, compadeciendo, padeciendo con nosotros, tomando sobre sí nuestras desgracias. Si el poder de la desgracia actúa despojándonos, el poder creador de Dios actúa *despojándose él* (“se despojó de sí mismo” Flp 2, 7) para recrearnos, curarnos, perdonarnos, rehabilitarnos. Esta es la diferencia: lo que nos descubre el poder de la desgracia (nuestra común humanidad) se hace a un alto precio, que amenaza con acabar con nosotros. Lo que nos da el poder de Dios, la salvación y la vida, es gratuito.

En el caso de Naamán es inevitable ver una figura del Bautismo. Después de bañarse en el Jordán, su carne quedó limpia “como la de un niño”. Realmente se había producido un nuevo nacimiento. Y no sólo en la carne, sino también en el espíritu. Naamán experimenta la fuerza recreadora del Dios de Israel, y, llevado por su mentalidad pagana y de hombre rico, quiere “compensar” al que cree que lo ha curado, pero, iluminado por el mismo profeta, comprende la gratuidad de la acción de Dios y que la única forma válida de agradecimiento es inclinarse y adorar al Dios verdadero. La vinculación inseparable para la mentalidad antigua de religión y nación le hace llevarse consigo una “porción” de la tierra del único Dios que salva, para, sobre ella, orar y adorarle sólo a Él. La verdadera gratitud es la de un corazón que reconoce, confiesa y, en consecuencia, testimonia la salvación que ha recibido de Dios.

El detalle de la extranjería de Naamán no es banal. Lo vemos con crudeza en el caso de los diez leprosos. Podemos estar siendo depositarios de la acción salvífica de Dios, haber renacido del agua y del espíritu, hechos hijos de Dios, experimentado el perdón y participado en la mesa eucarística del Reino de Dios, y, al mismo tiempo, reducir toda esa acción gratuita y recreadora de Dios a una cuestión legal, como los nueve leprosos judíos, que se limitaron a cumplir la ley, y se olvidaron de

agradecer, es decir, de alabar, adorar, confesar y testimoniar como el samaritano, que “se volvió alabando a Dios *a grandes gritos* y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias”.

Los otros nueve recibieron la gracia de la curación y “cumplieron” la prescripción legal en el templo. Dios había cumplido su parte y ellos, la suya. Todo en orden. Es, ciertamente, una forma de entender “la religión”, eso, “en orden”. “Cumplir”, más o menos, con nuestros “deberes” religiosos, ir a la iglesia los domingos, o, al menos, alguna vez, en las grandes fiestas; bueno, o cuando las circunstancias lo imponen (ya se sabe, bodas, bautizos y funerales); o “cumplir”, como muchos dicen, siendo buena persona; parece que Dios se conforma con eso, que no matemos ni robemos y paguemos nuestros impuestos... Yo cumplo mi parte, que Dios cumpla la suya... Casi resulta que es Dios el que está en deuda con nosotros, ya que somos tan cumplidores (unos con la liturgia, otros sólo con su moral de mínimos). Una fe legalista y cumplidora que no se vuelve a reconocer, a agradecer, a confesar, una fe que no grita ni se prostra ante ese Cristo, que, no lo olvidemos, *ya ha actuado* en nosotros, es una fe que no sabe dónde está realmente el templo vivo de Dios. Naamán se llevó tierra de la tierra prometida, “tierra santa”, para llevarse consigo en cierto modo al Dios que le había hecho volver a nacer. El samaritano fue capaz de reconocer que el verdadero templo de Dios no estaba en Jerusalén, sino en aquel rabino galileo que le había devuelto la salud y la vida. El hereje samaritano resultó ser el único verdaderamente creyente: “tu fe te ha salvado”, le dice Jesús.

Jesús nos llama hoy a reavivar nuestra fe: a no acostumbrarnos a la gracia y a la salvación, abaratándolas y banalizándolas. No nos dice que no vayamos al templo, ni que ser judío (es decir, cristiano, miembro de la Iglesia) es malo y “los de fuera son mejores” (como tantas veces oímos y decimos); sino que nos recuerda que esa pertenencia no es suficiente si la reducimos a costumbre, identidad cultural o mero cumplimiento legal, si perdemos la capacidad de sorpresa, agradecimiento y confesión, a las que a veces están mejor dispuestos quienes experimentan la novedad de Dios por vez primera.

Para evitar esa rutina que mata o entumece la fe es preciso refrescarla, esto es, como le dice Pablo a Timoteo, hacer memoria de Jesucristo. Esta memoria no es un mero y desvaído recuerdo, sino un memorial pascual, el de la muerte y resurrección de Cristo, que se realiza y en el que participamos realmente en la Eucaristía, pero que requiere por nuestra parte perseverancia y fidelidad, para que esa palabra asimilada hable en nosotros y dé testimonio con libertad (“la palabra de Dios no está encadenada”), gritando como el samaritano, que hace suyo el salmo 65: “venid a escuchar, os contaré lo que ha Dios hecho conmigo”, o como gritan y cantan Zacarías: “¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel!” (Lc 1, 68), y, mejor que nadie, María: “¡Proclama mi alma la grandeza del Señor!” (Lc 1, 46).

José María Vegas, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org